

*Las gafas de Pessoa*



VIII Premio Iberoamericano  
de Poesía Hermanos Machado

Aitor Francos

*Las gafas de Pessoa*

*f)L* Fundación José Manuel Lara  
Vandalia

## Vandalia, 82

Esta obra ha sido galardonada con el VIII Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, convocado por el Instituto de la Cultura y de las Artes del Ayuntamiento de Sevilla (ICAS) con la colaboración de la Fundación José Manuel Lara. Formaron parte del jurado, presidido por Isabel Ojeda Cruz, directora general de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Abelardo Linares y Javier Salvago, actuando como secretaria Nuria Hernández Bouton, jefa de servicio del ICAS.



Director de colección: Jacobo Cortines  
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,  
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: mayo, 2018

© Aitor Francos, 2018  
© Fundación José Manuel Lara, 2018  
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y cubierta: Estudio Manuel Ortiz  
Foto del autor: Cruz Martín Álvarez  
Maquetación: milhojas. servicios editoriales

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 701-2018  
ISBN: 978-84-15673-93-4  
Printed in Spain-Impreso en España

## LOS RITUALES



Nada nos llama la atención. No sabemos ver.

GEORGES PEREC

El pensamiento es ciego; pero sabe  
qué es el ver: palpa formas y figuras.

FERNANDO PESSOA





PRIMER LENGUAJE. EL MAESTRO DEL POETA

Meto las manos en los bolsillos y nada encuentro.

EUGÉNIO DE ANDRADE

Aunque lo niegue la razón, para despreciar  
a la poesía basta con hacer  
que un pájaro ya no se sienta libre.

El poeta ha tocado los árboles  
y no ha pasado nada.  
Los árboles no le han servido para  
protegerle de la infancia.  
Los árboles no han movido su casa.  
Los árboles no han escrito canciones de cuna  
ni han tomado la forma de una madre.  
No se aprende a escribir  
poesía por estar  
cerca de los árboles.

Hay una frase de Confucio  
acerca de las obligaciones filiales,  
en el *Lun Yu*, su tercer libro clásico.  
Cita a Yeu-tse, discípulo a su vez de Kung-tse.  
Y habla de aquel que rara vez  
se rebela contra sus superiores.

Pero el deseo de escapar del caparazón  
paterno se ha cumplido  
con sabiduría y aceptación monacal.  
Tanto que incluso yo arrastro conciencia  
de estar ya en una escena  
antigua, aunque heredada.

Crecimos para separar las cosas que nos  
compartían.  
Para ser amigos del sol cuando se cansase  
de leer nuestros poemas.

Comprender la luz fue siempre una costumbre triste  
de los pájaros. También ellos, cuando  
nos miran alguna vez un poco por encima,  
parecen querer reprendernos, y hasta  
tratan de corregir nuestra actitud  
con benevolencia.

Meto las manos en los bolsillos y no pienso  
en nada más: me ilumino de inferioridad.  
Desde un pasado  
que espera a que una vida lejana lo perdone  
la luna entra al cuarto del poeta  
como a recordar un viejo cansancio.

Vuelvo a las páginas de un libro que se cerró  
para descubrirnos a ambos lados de la noche.  
La oscuridad es todo lo que aún no existía  
cuando se repartieron  
las primeras palabras.

PLAYA

Cómo saber si tenemos  
el desnudo de la perplejidad  
en el cuerpo de los durmientes. Trata  
el verano de agrietar la luz de una certeza.  
Y las sillas que el tiempo no quiso retirar  
desembarcan en un sol extranjero.



## EL FRACASO

Para escribir un poema  
es necesaria una pausa de días, espacio  
infinito en la imaginación, y cierto grado  
de tedio y abandono.  
Tener algo que amar, aunque sólo sean sombras  
enganchadas a cualquier rama.  
Las flores que alguien vendió para sobrevivir  
o para comprar un libro de Natsume Sōseki.  
Esperar con fe a que un hombre  
(el hombre es lo que importa en el poema)  
vagabundee sin destino  
y a que una moneda huérfana,  
en un bolsillo, le dé un poco de luz de luna.  
Algunos sueños, y calles suficientes como  
para andar una vida entera.  
Que la tristeza sea indefinible y arrastre  
como un regusto a cena inacabada.  
Que nos protejan con sus nombres  
los árboles amados:  
acacias y cipreses, limoneros y tilos.